

tancia: entre éstos bastará insinuar uno ú otro. Después de tratar el santo de los elementos constitutivos, por explicarme así, de la sociedad, entre los cuales el moral y religioso es el primero, asegurando Plutarco que todos los demás bien podrán faltar alguna vez, pero éste nunca; después de asentar que la sociedad, como todo ente moral, esencialmente ha de tener los caracteres ontológicos constitutivos de él, á saber: unidad, verdad y bondad, y que entre los puntos que constituyen la unidad moral de la sociedad, el máximo en importancia por su naturaleza es el de religión, el cual entraña, además, el de verdad y bondad, pues todo esto lo comunica en alto grado la *Religión verdadera* á la sociedad que, como la nuestra, tiene la incomparable felicidad de poseerla; después, en fin, de presentar á la sociedad constituida en su ser propio de tal, se hace cargo el santo, de los enemigos que combaten á esta sociedad considerada aun independientemente de toda forma accidental, cuyas variantes formas, v. gr., de monarquía, oligarquía, etc., son diversos modos accidentales de aquel primer ser social. Considerado, pues, éste en sí mismo, tiene dos clases de enemigos contra quienes luchar: unos, que corroen su unidad moral destruyéndola en su esencia con el error y el vicio; otros, que con la fuerza física destruyen su existencia también física. Contra ambos tiene necesariamente que oponerse una doble milicia: contra los primeros, la milicia moral del sacerdocio; contra los segundos, la milicia física del ejército armado. Así, pues, estos dos elementos tienen un nuevo carácter de necesidad en la política, y en ella ocupan un

lugar muy prominente, y desempeñan funciones de la más alta importancia, como que de ellos depende la subsistencia ó la ruina de la sociedad.

Sentados así los principios fundamentales de la cuestión, desde luego se percibe con claridad, diremos mejor, con evidencia, cuán alta, cuán importante y cuán trascendental deberá ser en la sana y verdadera política la posición y rango del sacerdocio católico, cuya divina misión lo constituye atalaya, depositario y custodio nato de la moral más pura y universal, de la única moral verdadera, la Evangélica; cuyos labios deben ser el depósito de la ciencia, de esa ciencia altísima, que merece ser llamada sabiduría; de esa ciencia que encabeza todas las ciencias; de la ciencia de las Santas Escrituras, á fin de que (dice el Espíritu Santo) los pueblos vengan á beberla á torrentes por su magisterio; cuyo oficio es levantar su voz muy alto, tan alto que pueda hacerse oír de reyes y de pueblos, de magistrados y de súbditos, y exclamar con énfasis en medio de un mundo corrompido: *et nunc reges intelligite, erudimini qui iudicatis terram*; cuyas más gloriosas funciones son, usaremos de la expresión del Espíritu Santo, pelear hasta agonizar por la justicia: *pro justitia agonizare*, por esa justicia que es el más firme, el único apoyo del solio: *justitia firmatur solium*; cuyas armas son las que describe hermosamente Isaías, la fe, la equidad, la ley divina, cuyo brazo en esta lucha es sostenido por el Señor de los ejércitos; cuya magistratura, en fin, ejercida en la tierra, tiene juicios y fallos que se escriben en el cielo. ¿Cómo, pues, lo diremos de una vez, el re-

las gracias y favores del cielo: pidamos al Padre de las misericordias de quien viene todo dón óptimo y dádiva perfecta, se digne dirigir una mirada de misericordia sobre este su pueblo tan agobiado bajo el yugo siempre tiránico de la impiedad demagógica que tan duramente lo ha tratado, pretendiendo arrancarlo con la mayor violencia y crueldad del seno de la santa Iglesia católica, apostólica, romana: que por tanto tiempo lo ha tenido privado de sus primeros pastores, para que disperso el rebaño místico de Nuestro Señor Jesucristo, más fácilmente fuera presa de la impiedad: sobre este su pueblo que ha presenciado con sumo dolor y santa indignación el despojo del santuario y la abominación de la desolación en el lugar santo: que ha llorado á la vista de sus sacerdotes que gemían y de la dispersión de las vírgenes esposas del Cordero, que eran violentamente arrojadas de sus sagrados recintos, y á quienes dió el asilo más generoso y caritativo: pidamos, sí, al Señor por ese mismo pueblo que ni por un momento ha renunciado á sus creencias católicas, de esas creencias que lo han hecho tan sufrido y generoso, que con la prudencia evangélica ha preferido perderlo todo antes que menoscabar su fe, y que lejos de vengarse de sus hipócritas amigos y jurados enemigos, á imitación de los primeros cristianos "*omnia suffert, omnia sustinet, omnia sperat,*" todo lo sufre, todo lo soporta, todo lo espera de Nuestro Señor y Padre á quien pide, juntamente con nosotros sus pastores, por la conversión sincera de los perseguidores de la Iglesia, que tanto han tiranizado también á nuestros pobres pueblos.

Á este fin, el primer domingo después que la presente pastoral sea recibida en cada una de las parroquias de nuestra sagrada Mitra, se leerá *inter missarum solemnias*, y á la mayor posible brevedad se hará un triduo en cada iglesia con la solemnidad que permitan sus recursos, con exposición del Santísimo Sacramento en la misa y por la tarde, en la que habrá un ejercicio piadoso, primero, en acción de gracias por los beneficios; segundo, en penitencia de nuestros pecados; y tercero, en impetración de auxilios para el gobierno de S. M. nuestro Emperador y la paz del Imperio: el primer día se dedicará á la Beatísima Trinidad, el segundo al Sagrado Corazón de Nuestro Redentor Jesús, y el tercero á la patrona de México nuestra Madre y Señora María Santísima de Guadalupe, y al Santo Ángel tutelar del Imperio. Finalmente, la colecta *pro electo Imperatore* sustituirá á la *pro Ecclesia, vel pro Papa*, hasta nueva orden.

Recibid, carísimos hermanos é hijos nuestros, la bendición episcopal que, como prenda de nuestro paternal amor y pastoral solicitud, os damos en el nombre del Pastor de los Pastores y Obispo de nuestras almas, Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo mora en la eternidad, é impera y asiste á su santa Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Dada en la santa visita pastoral de la ciudad de Guanajuato, firmada de Nós y con el sello de nuestras armas, á los veintinueve días del mes de Junio del año del Señor de mil ochocientos sesenta y cuatro.

✠ JOSÉ MARÍA DE JESÚS,  
OBISPO DE LEÓN

presentante, el legado, el vicergerente del Hombre por antonomasia, del Deseado de las naciones, del Restaurador de la humanidad, de Nuestro Señor Jesucristo, el único Maestro de los hombres, cómo puede eliminarse de la ciencia arquitectónica de la sociedad en ninguna de sus fases con tal que sean legítimas?

Ni esto es decir que el sacerdocio haya de absorberse los destinos políticos, ni los puestos públicos, ni aun el solio de los monarcas; sino que más elevado que todo esto, colocado por su institución divina y por la organización natural de la sociedad en la cumbre de la política, con la mirada en el cielo y con la justicia universal en la mano, todo lo impulsa, todo lo arregla, todo lo ordena. ¡Cuán bello, en efecto, se presenta este ideal personificado en el augusto Pontificado Romano, y con cuánta majestad ha representado él solo en el mundo antiguo y moderno, el vital elemento de las sociedades, regularizando su marcha y sirviendo de centro á la civilización y al verdadero y sólido adelantamiento y progreso! Sí, la moral católica, de qué es custodio nato el sacerdocio, es el elemento realmente civilizador; es el que ha encarrilado la legislación, como puede verse en "Balmes," "Protestantismo comparado con el Catolicismo;" y en Troplong, "Sobre la influencia del Catolicismo en la legislación;" él es el que ha organizado la familia, dignificado la mujer y abolido la esclavitud; él es el que se ha sentado en las cátedras é impulsado las ciencias; él entra en la conciencia de los jueces para que administren justicia, que es la gran solución del orden y de la paz; él sube hasta el trono, é inti-

ma sus leyes de eterna justicia á los legisladores y contiene dentro de los límites del deber á los soberanos: él es, en fin, el resorte más fuerte que todo lo mueve, y el centro sobre que todo gira, y en que todo se apoya.

Quando algunos hombres, aun ortodoxos y de buena fe, pretenden enajenar al clero de la política, hablan de la política falsa y rastrera, de la pseudo-política, la del embuste y del fraude, la de las arterías y maquinaciones tenebrosas, siempre inicuas; mas nunca, jamás, de la verdadera y sana política. Y si alguien aún pretende alejar al sacerdocio de la política, como menos digna de la altura de su ministerio, será tal vez y sólo de la política de los pormenores y de las formas accidentales; pero, repetimos, nunca, jamás, de la alta política constitutiva de las sociedades, reguladora de los pueblos y vivificadora de los hombres; de esa política, en fin, que es la personificación de la moral aplicada en la escala más alta y trascendental.

Y si todo lo dicho contiene una verdad de suma importancia para todas las sociedades, por corrompidas é impías que se las suponga, y por más divididas que estén en los puntos religiosos, ¿cuánta será en la nuestra, en la que no existe otra unidad social que la religiosa? En realidad, cualquier observador de buena fe que quiera estudiar la sociedad mexicana, á las muy pocas investigaciones quedará plenamente convencido de que en México el único elemento estable, social y político es el elemento religioso: que las razas se diversifican, las lenguas se varían prodigiosamente, las costumbres son en gran manera diferentes en la vasta

extensión del territorio; y que en una sola idea, en un solo pensamiento están acordes la inmensa mayoría de sus habitantes. Este pensamiento es el catolicismo, y este es su único anhelo; todo es para esa mayoría en cierto modo indiferente, formas de gobierno, personas que lo ejerzan, leyes que de él emanen, etc., etc.; mas nunca el punto religioso; esa mayoría todo lo llevará en paciencia, todo lo sufrirá resignada, mas nunca la pérdida ni aun el menoscabo de sus creencias y de sus intereses católicos.

Y en verdad que en esto no ha hecho México sino pagar un tributo de gratitud á la religión católica y á su sacerdocio, á quien todo lo debe; pues si en cualquier sociedad es siempre el catolicismo el primer elemento político y social, en México él y sólo él lo hizo todo: él en la persona del insigne político, el Cardenal Cisneros, impulsó á Colón para su descubrimiento: él hizo en el nuevo mundo para la civilización una conquista mayor que la que hacía al mismo tiempo Cortés, para la corona de Castilla: él, desde entonces, hasta hoy, ha sido y es para México el padre, el maestro, el bienhechor, en una palabra, el todo de la sociedad. Esto lo tiene México escrito con grandes caracteres en monumentos tales y tantos, que ni la destructora y vandálica mano de la llamada reforma ha podido borrarlos. Por eso es que la religión católica es para México más que para ningún otro pueblo, el verdadero elemento social y político: su vida moral y civil en él está cifrada, y su gobierno en él debe apoyarse.

He aquí, pues, venerables hermanos, la noble é importante, pero difícil y laboriosa tarea que cumple á nuestro sa-

cerdotal ministerio llenar en la política del país. ¿Cuál? La de reconstruir nuestra sociedad minada en su primer fundamento por los principios disolventes de la impía reforma. En esta tarea dejemos al gobierno temporal que eche mano de todos los recursos y elementos de riqueza, de orden y prosperidad que están en su resorte: nosotros ayudémosle con el principal y primero de todos, con el de nuestro santo ministerio; con ese ministerio de caridad y de paz con que perpetuamos en la tierra la obra de Nuestro Señor Jesucristo, que es NUESTRA PAZ; con ese ministerio cuyos frutos fueron siempre y son hoy la moralización de los pueblos, su verdadera civilización y engrandecimiento. Contamos para esta grandiosa empresa, primero, y ante todo, con la bendición de Dios Nuestro Señor, autor y dueño supremo de la Iglesia y del Estado: contamos, además, con los recursos siempre cuantiosos y que jamás pueden agotarse, de la divina misión que se nos dió por el que tiene todo poder en el cielo y en la tierra; cuyas palabras de fuerza infinita siempre resuenan en su Iglesia: *docete omnes gentes*. Enseñemos, pues, á nuestros pueblos á guardar y cumplir cuanto el divino Jesús nos mandó: *docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis*; y estemos ciertos que el mismo Señor dará el lleno á su obra, y nos asistirá y estará con nosotros todos los días hasta la consumación del ministerio que por gracia se dignó encomendarnos.

Mas como nuestro principal recurso es el de la oración humilde, fervorosa y perseverante; y especialmente el de la oración común y pública, recurramos á ella para alcanzar